

## CAPITULO XX.

1850.

Se desiste definitivamente de la mediacion inglesa.— Ambiciosos proyectos de Venancio Pec.—Llega á la península el comandante general D. Manuel Micheltorena, nombrado por el gobierno federal.—Hace una visita á los cantones y se propone activar la guerra.—Noticias de Bacalar.—Cuadro general de la campaña de 1850.—Operaciones importantes que se practican en el oriente, en el sur y en los Chenes.—Ventajas que en todos estos movimientos alcanzan nuestras tropas.—Notable expedicion del teniente coronel O'Horan á Bacalar.—Ultimo avance de los cantones.—Los indios sorprenden á Tekax y algunas otras poblaciones de importancia.

Si las comisiones eclesiásticas fueron impotentes para alcanzar el anhelado fin de la guerra, igual éxito obtuvo por la misma época la mediacion inglesa. Habiendo manifestado categóricamente el gobernador Barbachano al Superintendente de Belice que no se hallaba en disposicion de ceder un palmo de territorio á los sublevados para que se gobernasen con entera independenciam del gobierno del Estado y del federal, el funcionario británico se vió obligado á desistir de sus *buenos oficios*, aunque las relaciones hechas por algunos prisioneros que caian en

poder de nuestras tropas, hacen sospechar con vehemencia que no cortó por completo sus relaciones con los indios. No nos seria fácil averiguar ahora de qué género fueron estas relaciones, aunque como por aquellos tiempos se agitaba la creacion del reino de los Mosquitos bajo la proteccion del gobierno de la Gran Bretaña, es de creer que se trataba de una cosa semejante respecto del terreno que ocupaban los sublevados de Yucatan. Súpose en efecto que se formaban padrones en los pueblos y ranchos de los indios: que un D. Jorge y un Mr. Lanzot andaban entre ellos de agitadores, y que por último esperaban comisionados de aquella nacion poderosa que debian venir á practicar una division territorial. Venancio Pec no perdió nunca la esperanza de que la Inglaterra le proporcionaria al fin el triunfo de la causa que defendía, y aun formó el proyecto de hacer un viaje á Lóndres para hablar con la reina Victoria. Reunió para este objeto los recursos necesarios; pero una entrada que hizo al campo enemigo el coronel D. Pablo A. Gonzalez en el mes de enero, le despojó de todas sus economías. Merece una mencion especial esta expedicion por los importantes resultados que obtuvo.

El coronel Gonzalez salió de Chikinonot el 2 de enero á la cabeza de 180 infantes y 60 caballos, precisamente con el objeto de perseguir al mencionado Pec, que ya se dirigia á la bahía de la Ascencion para poner acaso en obra su proyecto. La fuerza expedicionaria hizo un gran número de prisioneros en los ranchos que recorrió: batió y derrotó á los cabecillas Paulino Pech y Calixto Yam, que intentaron oponerse á su marcha, y alcanzó por último á las fuerzas de Venancio Pec, con las cuales trabó desde luego un reñido combate. Pero el caudillo indio logró escapar, dejando en el campo su caballo, su equipaje y sus papeles; y aunque Gonzalez le persiguió hasta

las inmediaciones de la Ascension, al fin se vió obligado á regresar por el mal estado en que la lluvia habia dejado los caminos. En un rancho denominado S. Antonio habia fijado éste un cedulon, invitando á los indios á aceptar el indulto con que les brindaba el gobierno, y no dejó de obtener un resultado satisfactorio, porque en la noche del 9 se le presentó Atanasio Espadas, uno de los caudillos mas terribles que hasta entónces habia tenido la insurreccion. Gonzalez conferenció largamente con él, y habiéndole hecho algunas revelaciones importantes, le hizo volver al campo enemigo, conviniendo ámbos en que volverian á verse en el rancho Zucnaranja. Espadas cumplió su palabra, y habiéndose dejado sitiar en el lugar convenido en union de otros sublevados, las fuerzas de Gonzalez se hicieron de un cuantioso botin, entre el cual se hallaba la suma de dos mil quinientos pesos, destinada por Venancio Pec á hacer una visita á la reina de Inglaterra. (1)

Pocos días despues de haber regresado esta importante expedicion del campo enemigo, un suceso notable tenia lugar en la capital del Estado. El general D. Manuel Micheltoarena, natural de Oaxaca, nombrado por el Presidente de la república para desempeñar la Comandancia general del Estado, llegó á Mérida el 11 de febrero de 1850, entre el numeroso séquito de personas que salieron á recibirle. El sucesor del general Llergo venia precedido de la fama de haber batido con éxito á los salvajes en la frontera del Norte, y los mismos comisionados de Yucatan habian influido poderosamente en su nombramiento (2). Grandes esperanzas se concibieron de que daria el último golpe á los sublevados de la península, no solamente por este motivo, sino tambien porque se creyó que el gobierno de México enviaria fuerzas á

(1) Boletin oficial, número 150.

(2) El mismo Boletin, números 168 y 170.

su agente para que pudiese obtener el éxito necesario en la mision que le habia conferido. Desgraciadamente hasta aquellos momentos, solamente habian venido unos trescientos hombres del ejército federal á las órdenes del general Noriega.

Una de las primeras resoluciones que adoptó el general Micheltoarena, luego que tomó posesion de su encargo, fué el de visitar el teatro de la guerra, con el objeto de inspeccionar por sí mismo el estado de nuestras fuerzas, sus medios, sus necesidades y sus tendencias. Era hombre de edad algo avanzada; pero dotado aun de valor y de presencia de ánimo, no temió aventurarse por los mismos caminos y senderos, que todavía frecuentaban los bárbaros. Trasladóse en primer lugar á Valladolid: pasó de allí á Tihosueo por el desierto que separa ámbas poblaciones, y el 26 de marzo estaba ya de vuelta en la capital. Aprobó en lo general el sistema que hasta allí se habia seguido de perseguir incesantemente á los sublevados para acabarles sus recursos, y deseoso de reducirlos hasta sus últimas guaridas, hizo avanzar todavía más algunos cantones. Suprimió las *Divisiones* creadas por su antecesor, y con el objeto de que hubiese mayor unidad en las operaciones de la guerra, dividió nuestras fuerzas en dos grandes fracciones. Confirió el mando de la primera al coronel D. José Eulogio Rosado, quien desde entónces comenzó á llamarse "Comandante 1.º en jefe del cuerpo de ejército restaurador al Este Sur del Estado." El general Cadenas, á quien fué confiado el mando de la otra fraccion, tomó el título de "Comandante 2.º en jefe del cuerpo de ejército restaurador al N. O. del Estado."

Otra de las medidas que adoptó el general Micheltoarena, luego que volvió de su visita, fué la de relevar á la guarnicion de Bacalar que hacia un año venia luchando con la miseria, con el hambre, con la insalubridad del

clima y con la tenacidad de los indios, que aun no desamparaban el sitio. El teniente coronel D. Isidro Gonzalez se presentó repentinamente en Mérida, y en nombre del coronel Cetina que le enviaba, manifestó que ya no quedaban en aquella villa más que los miserables restos de la brillante columna que la había ocupado en mayo de 1849, y que si no eran relevados prontamente, Bacalar corria peligro de caer otra vez en poder de los sublevados. El gobernador Barbachano y el general Micheltorena reunieron entónces en el breve espacio de diez y ocho dias, quinientos hombres de Mérida y Campeche, y puestos bajo las órdenes del mismo teniente coronel Gonzalez, se embarcaron en Sisal en los últimos dias de marzo, ó á principios de abril.

Grande fué la alegría de la mísera guarnicion de Bacalar, cuando vió presentarse á los soldados que iban á relevarla. Pero el coronel Cetina, que durante un año apenas habia podido explorar los alrededores mas inmediatos de la villa, no quiso desprenderse de allí sin practicar una expedicion á las márgenes del Rio Hondo, con el principal objeto de dar un golpe al comercio de efectos de guerra, que seguian haciendo los ingleses con los sublevados. Con este objeto organizó una columna de 400 hombres, compuesta en su mayor parte de la fuerza que acababa de llegar, y que embarcada bajo las órdenes del teniente coronel D. Diego Ongay, se dirigió á un punto denominado los *Cerros*, donde los indios intentaron oponerse á su tránsito, hostilizándola desde las alturas. El enemigo fué fácilmente derrotado y la flotilla de Ongay siguió navegando con direccion á *Cacao*, lugar situado en el lado mexicano y en donde los ingleses tenian un establecimiento de comercio para vender pólvora á los sublevados. Desgraciadamente habia llegado hasta allí el rumor de la accion de los *Cerros*, y cuando nuestras fuerzas se presentaron, solamente encontraron en el lado

inglés un hacinamiento de efectos, entre los cuales se veia un gran número de cuñetes de pólvora. Los comerciantes habian huido, dejando solamente un negro al cuidado de las mercancías, y el jefe de nuestra fuerza, temiendo errar el segundo golpe que le habia prescrito Cetina, siguió de largo para *Agua blanca*, punto objetivo de aquella expedicion.

Pero tampoco pudo lograrse la nueva sorpresa, porque un magistrado inglés que viajaba en una lancha empujada por ocho remeros, consiguió burlar la vigilancia de nuestra flotilla y tomarle la delantera durante la noche, en una de las sinuosidades del rio, para dar aviso á sus compatriotas del riesgo que corrian. Por esta razon, cuando nuestras fuerzas llegaron á *Agua blanca*, encontraron ya á los indios preparados para defender aquel punto que tenia para ellos una grande importancia, puesto que allí conducian la inmensa cantidad de maderas que cortaban en las cercanías, para cambiarlas á los ingleses con pertrechos de guerra. No pudieron sin embargo defenderse, y *Agua blanca* cayó en poder de nuestras fuerzas juntamente con algunos negros esclavos y un abundante acopio de maderas preciosas. Dos horas despues se presentó en aquel lugar un inglés, á quien daban el nombre de *forman* y quien habiendo solicitado una entrevista del jefe de la expedicion, que ya lo era el primer ayudante D. P. Celestino Brito, le ofreció ocho mil pesos por la madera que habia caido en su poder y que se estaba preparando á quemar. Brito se negó á aceptar la oferta, á pesar de que le fué repetida en un almuerzo á que le invitó el *forman* y dos dias despues regresaba á Bacalar, llevando las pruebas mas evidentes del escandaloso comercio que los habitantes de Belice seguian haciendo con los sublevados (3).

(3) Puede verse sobre esta expedicion un informe que el mismo Sr. Brito, hoy general, rindió en época posterior al gobierno de Campeche, y que el Sr. Baqueiro inserta literalmente en su *Ensayo*.

Cetina intentó también dar un golpe á los ingleses que hacian el comercio en la bahía de la Ascension; pero no pudo realizarlo, porque solo contaba para esto con la fuerza enferma y desmoralizada que regresaba á Mérida.

Consideramos ya al lector tan hastiado de leer batallas y encuentros, como á nosotros de referirlos. Vamos, pues, á procurar abarcar en este capítulo toda la campaña de 1850, haciendo mencion solamente de aquellas operaciones militares, que hubiesen tenido una influencia notable en el éxito de nuestras armas.

La guerra seguía en toda la frontera con un ardor incansable. El hambre devoraba á nuestros soldados en los cantones, y se hacia necesario recorrer incesantemente el campo enemigo para buscar maíz, y hasta para arrancar las mazoreas que aun no habian sazonado bien en las sementeras. Pero como estas se habian agotado bien pronto en los bosques inmediatos á los cuarteles, porque los mismos indios habian descuidado mucho la agricultura desde el momento en que los blancos comenzaron á perseguirlos en sus mas secretas guaridas, nuestras expediciones tenian necesidad de remontarse cada dia más y más, con el fin de alcanzar el objeto principal de sus afanes. Los indios que tambien empezaban á morir de hambre en el desierto, dejaban algunas veces que sus familias fuesen recogidas, y muchos de ellos se habrian presentado indudablemente, á no haber tomado varias medidas los capitancillos para impedir que lo hicieran. Pero en ciertas ocasiones se batian con desesperacion, acaso con la secreta esperanza de morir en la contienda, y otras veces en fin, impulsados por el mismo móvil del hambre, caían súbitamente sobre nuestras poblaciones indefensas, y aun sobre algunos cantones, con el objeto de asesinar á sus habitantes y de robar cuanto podian llevarse.

En el oriente, despues de la expedicion de Cruzchén

de que hablamos en el capítulo anterior, los coroneles Molas y Peniche Gutierrez se dirigieron al rancho Sibichén, de donde habían partido los indios que atacaron á Espita. Encontraron alguna resistencia en su tránsito; pero se apoderaron fácilmente del rancho y recogieron en su expedicion ciento cuarenta y cuatro personas que vivían en los bosques.

Por la misma época el teniente coronel Ontiveros hizo una entrada al campo enemigo, con el objeto de sorprender al capitancillo Raimundo Chí en su guarida. No logró su objeto; pero causó varias pérdidas á los sublevados en los encuentros que tuvo con ellos.

Los indios en cambio atacaron el pueblo de Tixcacalcupul el mismo dia en que creyeron que debía pasar por allí el general Micheltorena, con direccion á Tihosuco. Tambien intentaron poco tiempo despues sorprender á Cenotillo; pero en ámbas poblaciones los vecinos se unieron á la guarnicion y rechazaron enérgicamente á los agresores.

En el mes de abril el teniente coronel Ontiveros, asociado al capitán D. Felipe Navarrete, hizo una nueva entrada al campo enemigo, con el principal objeto de sorprender á Crescencio Poot en su cuartel de Nohcacab. Esta expedicion estuvo á punto de fracasar por completo, porque por descuido, ignorancia ó malicia del práctico, repentinamente se encontró en una llanura, dominada por varias alturas, desde las cuales y desde el bosque inmediato, rompieron simultáneamente sus fuegos los sublevados. Trabóse entónces un combate encarnizado, en que nuestros soldados llegaron á confundirse con los de Poot, porque hubo un momento en que éstos descendieron de las alturas para pelear al arma blanca. Pero Ontiveros y Navarrete no se desconcertaron y acabaron por triunfar de los indios, quienes huyeron dejando en el campo

diez cadáveres y algunas provisiones de guerra (4).

En el mes de julio los capitanes D. Pedro Acereto, D. F. Navarrete y D. Nazario Palma hicieron una brillante correría sobre las guaridas de los sublevados, penetrando en Cruzchén y otros puntos de importancia. Entre varios objetos quitados en esta jornada al enemigo, merecen una mencion especial varias alhajas de santos, encontradas en una cueva, y que sin duda estaban destinadas á marchar á Belice para ser cambiadas con pertrechos de guerra.

Siguieron á estas excursiones, entre otras muchas, las que practicaron el coronel Molas y el teniente coronel Ruz en los últimos meses del año; pero en cuyos pormenores no nos permiten entrar los límites que nos hemos impuesto. Por esta misma época los indios atacaron sucesivamente los pueblos de Kaua y Chichimilá, aunque sin éxito alguno, porque en ámbos fueron rechazados con energía (5).

Fueron todavía de mayor importancia las operaciones que se practicaron en el sur. El mismo teniente coronel Ruz, de quien acabamos de hablar, recorrió en el mes de marzo mas de treinta ranchos que servían de guarida á los bárbaros de aquella comarca, y en los cuales encontró varias provisiones de boca y de guerra, mulas, caballos y varios utensilios. Recogió además unas trescientas personas, entre las cuales se hallaban una hija de Venancio Pec y un joven llamado Victorin, hijo de un caudillo del mismo nombre, que murió en uno de los encuentros (6).

En el mes siguiente el capitan D. Andrés Demetrio Maldonado recorrió tambien un gran número de guaridas; y despues de haber arrollado á los bárbaros cuantas veces intentaron oponerse á su marcha, regresó al campamento

(4) Boletín oficial, número 220.

(5) "El Fénix," números 125, 144 y 151.

(6) Boletín oficial, número 154.

de Kampocolché, que acababa de ser establecido con unas noventa personas recogidas en el bosque y varios objetos que se quitaron al enemigo. Esta expedicion tuvo lugar en los primeros dias de abril, y ántes de que se terminase el mes practicó otra, que obtuvo un resultado igualmente satisfactorio (7).

Tambien en el mes de abril tuvo lugar la importantísima expedicion, que sirvió de excusa á José María Barrera para no acudir á la reunion de Kampocolché, de que hablamos en el capítulo anterior. Salió de Sabán el 22 á las órdenes del coronel D. Casiano Rivascacho, y despues de haber derrotado á los bárbaros que encontró en su tránsito, se apoderó sin mucho esfuerzo de Santa Rosa, rancho en que no había puesto el pié ningun blanco desde la época en que estalló la guerra social. Los bárbaros habían concentrado allí y en los puntos inmediatos un gran número de familias, muchas de las cuales cayeron en poder de la fuerza expedicionaria, lo mismo que varios objetos que sería inútil enumerar. Tambien se hicieron al enemigo cerca de ochenta muertos, y como Rivascacho no tuvo un solo herido en su fuerza, ha sido acusado de haber traspasado los límites de la humanidad en sus operaciones (8).

El capitan Maldonado, que era uno de los perseguidores mas infatigables del enemigo, recibió del coronel Rosado la orden de ponerse al frente de una nueva expedicion, el mismo dia en que dió por concluidas las negociaciones con el cabecilla Barrera. Maldonado salió de Sabán con 270 hombres, y en el corto espacio de cinco dias recorrió un gran número de guaridas y recogió 217 personas de las que vagaban por los bosques. Hizo ade-

(7) El mismo boletín, números 222 y 232.

(8) Boletín citado, número 242. Baqueiro, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo V.

más al enemigo 72 muertos y 21 prisioneros: les quitó un buen número de objetos de guerra, y se apoderó en fin de varias mulas, caballos y víveres (9).

Pero la expedición mas notable sin duda de la época á que nos venimos refiriendo, fué la que practicó el teniente coronel D. Patricio O'Horan al través del desierto que separa á Tihosuco de Bacalar, con la intencion de escarmentar á los indios que aun cercaban aquella villa. "Si alguna vez—decía D. Justo Sierra en su periódico—hemos recordado con viveza la atrevida expedición del capitán Dávila, aquel valiente compañero del conquistador Montejo, de quien se separó en Chichén para . . . dirigirse á las orillas del lago de *Bakhalal*, ha sido hoy que acabamos de ver realizada una empresa casi semejante, por un puñado de compatriotas nuestros á las órdenes del teniente coronel D. Patricio O'Horan . . . (10)." Pero el nuevo campeon estaba destinado á recoger mejores frutos que el antiguo, á pesar de que iba á tropezar tambien con todo género de dificultades.

La estación no era ciertamente la mas adecuada para emprender un viaje tan dilatado en aquella region. Cuando la expedición salió de Kancabchén el 27 de junio, hacía un mes por lo ménos que habían caído las lluvias, y los caminos y veredas debían hallarse intransitables, no solamente por los objetos con que acostumbraban obstruirlos los indios, sino por la inmensa cantidad de agua que se había desprendido de las nubes. No se encontraron por fortuna las numerosas hordas que en el año anterior habían hecho fracasar la expedición del coronel Pasos. O'Horan se vió obligado sin embargo á batirse frecuentemente con las gruesas partidas que salían á disputarle el paso, y desde el primer día empeñó algunos combates pa-

(9) "El Fénix," número 115.

(10) El citado *Fénix*, número 128.

ra poder llegar á Chunjúb, donde se propuso pasar la noche. La jornada había sido larga y penosa, y cuando los soldados se hicieron la ilusión de que iban á descansar de sus fatigas, un fuerte aguacero vino á desvanecerla por completo, porque en aquel pueblo desolado solo quedaba en pié una parte de la antigua sacristía, la cual fué destinada para preservar de la lluvia los pertrechos de guerra. Si á esto se añade que los indios que pululaban en las inmediaciones, no cesaron un instante de hostilizar el campamento, podrá formarse una idea aproximada de los sinsabores que iba á arrostrar la expedición.

Al rayar la aurora del día siguiente la fuerza emprendió de nuevo su marcha, y despues de explorar los alrededores, se unió en Polyuc á otra que habia sacado de Sabán el teniente coronel D. Juan de la Cruz Salazar, componiendo entre ámbas un total de 700 hombres. Aumentada así la columna expedicionaria, se dirigió en primer lugar á la laguna de Kaná y despues al rancho Santa-Rosa, encontrando cada vez mas obstruido el camino y mas plagado de emboscadas. O'Horan supo sobreponerse á todos estos obstáculos, y despues de explorar varias guaridas en que tuvo algunos encuentros con los sublevados, causándoles pérdidas considerables, se dirigió para la extensa y pintoresca aguada de Nohbec, en cuyas márgenes sostuvo un nuevo combate con el enemigo. Los aguaceros se habían repetido entretanto con demasiada frecuencia, y el agua se había estancado de tal manera en aquellos terrenos bajos y pantanosos, que los soldados se veían obligados muy á menudo á llevarse el arma y la fornitura á la cabeza, para preservarlas del agua que bogaban.

Luchando siempre con iguales ó mayores dificultades y venciendo á todas las chusmas que se atrevían á salirle al encuentro, la fuerza expedicionaria llegó por fin á las